

II CONCURSO DE MICRORRELATOS

Monte de Piedad Carmen Alborch



**Relatos
ganadores
2018**

Primer premio

JAWARA

Ana Sarrías Oteiza

El primer día en que le vi, yo lloraba a mi mujer en silencio y él canturreaba en francés una nana que reconocí enseguida. El segundo día yo limpiaba de hojarasca la lápida de Emma y él tallaba un diminuto elefante que dejó sobre la tumba de su hijo. En primavera yo ya conocía su nombre: Jawara, que significa el amante de la paz. Para entonces ya me había contado toda la tristeza de aquel viaje suyo, el color del mar que engulló a su mujer y las fiebres que se llevaron de aquí a Doudou, su pequeño. Yo le hablé de otro viaje: el de los tratamientos infructuosos y el de la desesperanza. En verano ya rezábamos juntos. Un día de agosto probé el Mbourake, un postre que Jawara aún le traía a su hijo. Resultó que Jawara era un buen cocinero, así que en otoño comenzó a trabajar en nuestra panadería. Ahora todo el mundo conoce el Mbourake senegalés, porque regalamos unas bolitas con el pan de los domingos. Me gustaría mucho plantar un baobab en la entrada. Pero Jawara piensa que no sería buena idea: las garzas podrían interrumpir su migración al avistarlo desde el cielo.

Segundo premio

UN MISMO MAR Rocío Díaz Gómez

Estate tranquila mami, que tu Canaima tuvo tremendo festejo. La señora preparó un pastel, le puso velas, invitó a los vecinos y mandó recado a mi compañera de piso que se acercara. ¡Hasta me regalaron unos zapatos con mucho swing! Mi cumpleaños no les toca para nada ¡pero cuánto lo festejaron! Como allá, cuando al olor del café, se llenaba la casa de vecinos.

Bendita tarde que me ofrecí a cuidar de su viejita cuando necesitaran. Fue por gusto, por cercanía, como favor. Y como agradecimiento me dieron trabajo.

Y mucho trabajo, estos niños loquitos lo dejan todo regado, la viejita se me amarra al brazo y no me suelta y los demás salen corriendo dejándome ¡imagínate! al cargo de todo. Pero soy una más en la casa.

Y cuando les extraño, mami, pienso que las olas de esta ciudad española son las mismas de allá que van para acá y luego viran otra vez. Descalza, en la playa, me siento mejor pensando que sobre ellas va mi cariño para la casa, y vuelven con el suyo. ¡El mar nos acerca!

Óyeme mami, me va a ir bien en esta ciudad, lo siento aquí dentro, estate tranquila.

Accésit

DE OTRO MUNDO Miguelángel Flores

Mi tío me llevó al cine porque mi primo le insistió para que yo también fuera. El hermano de mi padre era un bruto, decía mi tía. Vivíamos en su casa y por algún motivo no me apreciaba demasiado. Y a mi madre tampoco.

ET fue una llorera común, compartida por una platea llena de toses y jipidos. Lloraba también el acomodador que, como no era su primer pase, lo hacía antes de tiempo anticipándonos los momentos más tristes. Mi tío aguantó hasta casi el final, donde se desparramó en un drama propio y particular. Entonces me pasó su brazo y lloró contra mí, llenándome de lágrimas y mocos el cuello. Cuando salimos, él siguió llorando y tuvo que parar el coche porque le dio un ataque, con hipo y todo. Durante el camino no dejó de mirarme y tocarme la cabeza. Yo, más asustado que preocupado, no entendía nada, y mi primo menos. Ninguno hablamos. Cuando llegamos a casa, mi madre, una guineana más oscura que yo; de labios grandes y corazón a juego, como decía mi tía, me llevó a la habitación. Allí me contó de mi padre, de África y del color negro.

Accésit

UNA TORCAZA CUALQUIERA

María Sol Cifuentes

Cada vez que Bouchera decide postergar el despertador, Elena patea las cobijas y maldice tener que ir al colegio. Ellas aún no se conocen. Viven en plantas distintas y sus horarios difieren por algunos minutos. Mientras Bouchera coge el ascensor para ir al colegio, Elena se prepara su bocata. Bouchera camina lento y zigzagueando porque le gusta descubrir cosas nuevas de cada calle. Elena camina derecho y luego dobla, va prestando más atención a sus pensamientos que al mundo exterior. Durante el recreo, Bouchera lee un tebeo que Elena tiene reservado para el próximo mes en la biblioteca.

Quizás habrían seguido desencontrándose indefinidamente de no haber sido por aquella torcaza que se accidentó en la puerta del colegio. Quizás habrían continuado esquivándose por ínfimos segundos y pequeñas decisiones. Porque torcazas hay miles. Casi tantas como las ocupaciones que nos impulsan a seguir caminando. Y nadie sabe lo que se pierde con cada decisión que toma. Pero a esa torcaza, la de la patita renga, que daba saltitos en la puerta de la escuela, sí la vieron. Las dos la vieron. Incluso antes de verse a ellas mismas.

Accésit

DE COLOR **Olaya López**

Le dije: “Por favor, pásame el color carne”.
Me respondió: “Toma, elige el que prefieras”.
Y me alcanzó la caja de colores entera.